

—Yo no gasto reloj— contestó Pío Cid,—pero creo que no puede ser tan tarde.

—Ahora suena otro reloj—dijo la joven,—no haga usted ruido.....

—Las cuatro son—dijo Pío Cid, con gran serenidad,—parece mentira cómo paseando se nos ha ido el tiempo. Sin duda nos hallábamos muy á gusto el uno al lado del otro.....

—No hable usted de ese modo—interrumpió la joven echándose á llorar.—Ya me habrán echado de menos, y quizá me estén buscando por todo Madrid..... Y ¿cómo me presento yo ahora delante de mi mamá?

—Me presentaré yo, como le ofrecí á usted—contestó Pío Cid,—y no ocurrirá nada. Lo que yo siento es que usted piense mal de mí; pero ahora que nos ha ocurrido esto, aunque me da pena de ver llorar á usted, me alegro, porque quizá de este disgustillo salga nuestra felicidad. Muchas veces—añadió acercándose á la llorosa joven y secándole las lágrimas,—las cosas se encargan de dirigir á las personas, y ya verás cómo á nosotros nos dirige esta pequeña torpeza. Si tú quierès—prosiguió tuteándola ya resueltamente,—mañana mismo podemos vivir juntos en tu casa, y cambiar todas vosotras y yo la vida que hasta aquí hemos llevado. Seis mujeres solas no pueden ir á ninguna parte buena, y, sin cometer indiscreción, te diré que os hace falta un hombre en la casa. Poco me has dicho tú, pero me basta para saber hasta el cabo de la historia. Tú

no has sido, ni quizás tu madre tampoco, pero alguien de tu casa ha ideado ir al baile, como quien va á probar fortuna, porque no se presenta por los caminos naturales salida para vuestra embarazosa situación. Y sin vanidad te aseguro, pues conozco bien la gente que hoy se estila, que de todos los hombres que estábamos en el baile, yo soy el más propósito para sacaros á flote á todas juntas. No soy rico, pero lo que tengo me sobra y no me lleva ningún interés bajo, ni se aviene con mi carácter aprovechar las flaquezas de los que se hallan en apuro. Yo puedo ir á tu casa como huésped, pero con esto poco ó nada se adelantaría por faltar intimidad y confianza para que pudiérais acudir á mí; en cambio, si mañana nos presentamos los dos juntos y tú haces lo que yo te diga, todo se arreglará á gusto de todos.

—Pero ¿qué van á decir de mí?—preguntó la joven que no comprendía por completo el plan de Pío Cid.

—Si dicen algo malo lo dirá tu misma familia, que se guardará de dar un cuarto al pregonero. Yo te digo esto á disgusto, porque parece que doy á entender que te tomo como pretexto para gobernar tu casa ó que deseo que tú te sacrifiques por toda tu familia. La verdad es que si yo he pensado en lo que te he dicho, lo he pensado por ti, y que tú eres quien me atrae y quien es el centro de todas estas ideas mías. Pero los años no pasan en

balde, y yo he aprendido á conocer que los sentimientos deben someterse á la prosa de la vida. Yo hubiera podido preguntarte las señas de tu casa y esperar á que mañana salieras y seguirte, y hablarte, y escribirte cartas necias y rondarte como un mozalbete y pasar las semanas en este juego tonto, en el que yo me hubiera puesto en ridículo, mientras tú y tu familia luchabáis quizás contra la miseria y sufríais las mayores privaciones. ¡Cuánto mejor no es saltar por encima de ciertas convenciones, que en este caso no sirven más que de estorbo y hablar con entera franqueza! Tu familia comenzará por poner el grito en el cielo, pero después comprenderá la razón y callará. Esto lo has de ver.

La joven se había levantado, mientras Pío Cid hablaba, y parecía más tranquila. Sin duda pensaba que el mal estaba ya hecho y que lo mejor era confiar en aquel hombre que no parecía malo y que tenía el don de adivinar lo que á ella y su familia les pasaba. Todo aquello la sorprendía, le sonaba á música nueva y nunca oída; ni su malicia era tanta que imaginase ser víctima de un seductor astuto y perverso, ni su inteligencia era tan despierta que comprendiese habérselas con un misántropo que de repente había sentido una ráfaga de amor, y por ella el deseo de correr una aventura filantrópica y extravagante. Lo que la joven percibía muy bien era que aquel hombre hablaba como un libro y demostraba

un conocimiento exacto y admirable de la situación. Así, pues, sintió que se le iba del pecho la congoja que la ahogaba, y comenzó á sentir curiosidad y á mirar por todos lados para hacerse cargo de la habitación en la que, sin darse cuenta hasta entonces, se hallaba; luego, mientras Pío Cid se sentaba en el sillón que ella había dejado, comenzó á husmear los libros y papeles que sobre la mesa había; después se acercó á la mesa de noche, vió un papel blanco que asomaba por el cajoncillo entreabierto; cogió el pedazo de papel y leyó en voz baja y con dificultad, porque la letra era malísima, unos versos, sin título, que decían así:

¡Oh qué extraña visión me aparecía
esta noche en mis sueños!
Un ángel con las alas extendidas
bajaba de los cielos;
volando suavemente se acercaba
á los pies de mi lecho,
y con triste expresión me contemplaban
sus ojos grandes, negros.

Que era un nuncio divino yo creía
sus blancas alas viendo
y su forma en el aire suspendida
como un fantasma aéreo.
Mas aquella figura me miraba,
y yo angustiado, trémulo,
mi corazón sentía que abrasaban
sus ojos grandes, negros.

Yo quería escapar, pero en la huida
dejaba allí mi cuerpo,
y sólo, encadenado lo veía
con cadenas de hierro.
La piedad y el amor me sujetaban
y volvía de nuevo,
aunque la esfinge inmóvil me clavara
sus ojos grandes, negros.

Quizás aquella esfinge no traía
ningún mensaje célico,
sino que era la imagen dolorida
de mis amores muertos.
Se fué con la primera luz del alba,
y aun á saber no acierto
qué me diría cuando en mí fijaba
sus ojos grandes, negros.

—¿Ha escrito usted estos versos?—preguntó
la joven cuando acabó de leer.—¿Es usted
también poeta?

—Buen poeta estoy yo—respondió Pío Cid.
Esos versos los compongo durmiendo, y no
valen la pena de que nadie los lea.

—Pues me gustan mucho—replicó la joven.
Ahora veo que no era broma lo que usted me
decía de la visión. ¿Es verdad que ha tenido
usted esa visión?

—Sí, es verdad; pero no era visión; ahora
veo que eras tú misma, ó el presentimiento
de que iba á encontrarte.

—¿Entonces por eso me dijiste—preguntó la
joven tuteando á Pío Cid por primera vez—
que yo tenía los ojos negros?..... Pero he leído

aquí una cosa..... á ver.....—añadió releendo
la poesía.—¡Qué letra más infernal!..... aquí.....
«la imagen dolorida de mis amores muer-
tos»..... ¿Qué amores muertos son esos?

—¿No me quieres todavía—preguntó Pío
Cid con dulzura—y ya empiezas á estar ce-
losa?

—No son celos....., pero contesta—insistió
la joven.—¿Qué amores son éstos? Por algo
me ha dado á mí el corazón, y mi corazón
nunca me engaña, que tú eras un hombre gas-
tado, un calavera. Tienes el aire avejentado,
pero se ve que eres más joven que pareces, y
que lo que te sale á la cara son las picardías.

—Buena idea tienes de mí—dijo Pío Cid
eludiendo la pregunta.

—No es mala idea—replicó la joven.—Pue-
des ser muy bueno, y para serte franca, lo que
me ha dado el corazón es que eres un hombre
muy bueno y al mismo tiempo muy malo, es
decir, duro y..... no sé explicarme.....

—Más vale que no sepas, porque me dirías
algún disparate—interrumpió Pío Cid.

—Pero ¿y los amores esos?—insistió aún la
joven.—A esto no me quieres contestar. Esta-
rás estudiando el embuste.

—Esos amores son—contestó Pío Cid gra-
vemente—las ilusiones perdidas. Yo no hablo
de ninguna mujer, y aunque hablara sería de
amores muertos ya.

—¿Me juras que no has compuesto esos ver-
sos para ninguna mujer?—preguntó la joven

con voz tierna, como si de pronto se sintiera poseída de un sentimiento nuevo y extraño.

—Para ninguna.....; es decir, para tí, antes de conocerte. Esta es la verdad—contestó Pío Cid.

Y al mismo tiempo su pensamiento se alejaba de allí volando á tierras lejanas, donde veía sombras de mujeres que él quizá había amado, y cuyo recuerdo había venido á visitarle en forma de visión alada y á anunciarle la resurrección del amor en aquella mujer de ojos grandes y negros que la fatalidad le había puesto delante. Y él se veía encadenado, sin poder ni querer huir, resignado voluntariamente á seguir un nuevo rumbo y á arrojarse en brazos del azar. Entonces sintió una hondísima y desconsoladora tristeza, y se echó á llorar como un niño. La joven le veía llorar con asombro, sin atreverse á romper el silencio. Sonaron en la escalera pasos de los huéspedes que volvían, y ella fué á la puerta á ver si estaba bien cerrada; volvió junto á la mesa de noche y apagó el moribundo cabo de vela, que se derretía sobre la piedra de mármol, para que no vieran luz encendida los que entrasen. Luego se acercó á Pío Cid, le cogió á tientas la cabeza, se sentó sobre sus rodillas, le echó un brazo por el cuello y comenzó á besarle los ojos para enjugarle las lágrimas.

TRABAJO SEGUNDO

Pío Cid pretende gobernar á unas amazonas.

Azarosa fué por demás la vida del capitán de infantería D. José Montes, y si hubiera de referirla punto por punto, tendría materia sobrada para llenar varios volúmenes. No más que con la relación de los traslados que sufrió en su carrera, desde que la comenzó de soldado raso á mediados de siglo, hasta que se retiró de capitán graduado de comandante á los cincuenta años de servicios, y con la descripción de los disgustos que le dió D.^a Socorro, su mujer, en veintitantos años que le duró á la infeliz señora una enfermedad crónica de la matriz, que la tenía siempre en estado de excitación insoportable, habría asunto para escribir una docena de capítulos, llenos de abusos é injusticias; de dolores y de miserias. El capitán Montes fué perpetuamente el tipo del hombre obscuro, que se halla en todas partes, y á quien nunca le ocurre nada digno de mención. Su vida era una proeza continuada, y no había ninguna proeza en su